

dando á la nación, en proporción de su extensión y progresos, dejándola sin agricultura, sin artes, sin industria, sin comercio, sin marina, sin arte militar, sin luces, sin gloria, sin honor» . . . .

El partido conservador como dijo un ilustre estadista mexicano, *ni aprende, ni olvida*. En su estandarte pregona con énfasis, la declaración del Sr. Aguilar y Marocho, al ofrecer á su patria á la violación de un príncipe extranjero en un lecho de calzones de zuavos. Ese partido conservador que llama *abrigo* protector para los indios considerados como *sardinias*, el estómago de los voraces ballenatos; ese partido que venera los crímenes de España y se proclama con orgullo ante la raza indígena, continuador del régimen colonial para proporcionar al indio oprobio, miseria, ignorancia y devorarlo como á *sardina*, existe y ha existido en toda la América, sosteniendo implacable su feroz programa de dominación por el terror y el envilecimiento. Ese partido ha gobernado en México y aún pretende volver á gobernar; ese partido ha gobernado, gobierna y gobernará con su clero teócrata y sus ridículos Faraones de guardia nacional; á la mayor parte de las infelices repúblicas hispano-americanas, que no han podido eliminar de su organismo, la corrupción que brotaba como humo de volcán de las infamias de la conquista. ¿Cómo admitir que el indio, ante ese programa político que lo identifica con la *sardina* frente al ballenato, acepte la defensa de los intereses patrióticos de ese ballenato?

El partido liberal en México hasta 1867, disputó el poder al partido conservador identificado con la maldad del sistema colonial, pero por lo mismo que disputaba el poder no lo tenía y en consecuencia nada podía hacer de serio á favor de la raza indígena. Después de 1867, el gobierno liberal ha abierto escuelas populares, ha conseguido la elevación de los jornales, ha destruido cacicazgos feudales, ha promovido grandes mejoras materiales, ha escuchado la queja de los pueblos indígenas, les ha repartido tierras, les ha dirigido hacia el régimen de la libertad individual, ha influido para que el precio de los periódicos grandes baje hasta un centavo, ha hecho todo lo que podía hacer; pero esto no puede dar un resultado inmediato ni decisivo. El régimen social del partido conservador dueño de la gran mayoría de las fincas agrícolas, es mucho más fuerte que el régimen político, humanitario, civilizador del gobierno. La agricultura tal como está organizada en México, continúa embruteciendo al indio, persiste el *sardinismo* como programa del hacendado; el clero no suelta á su presa, la envuelve en sombras, la marea con el bao de tradicionales errores, la explota sin misericordia. El indio no tiene más que maíz en su estómago, alcohol en sus venas, y en su cerebro la superstición, ese quisto fúnebre de los imbéciles. Mientras el *industrialismo* no saque al indio de las garras del hacendado, no será aquél más que un *animal de servicio* y entonces la frase eléctrica de Lamennais tiene que sonar como el rayo, cuando al frente de cual-

quier enemigo extranjero, recordemos que «*el establo en que comen y duermen los animales de servicio no es una patria.*»

Lamennais nos explica, lo que no entiende el historiador Clavijero:

Clavijero en su Historia de México, dice en la página 52: «El valor y la cobardía en diversos sentidos ocupan sucesivamente sus ánimos (los de los indios) de tal manera que es difícil decidir cuál de estas dos cualidades, es la que en ellos predomina. Se avanzan intrépidamente á los peligros que proceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia á la muerte y á la eternidad que algunos autores atribuyen igualmente á los americanos conviene tan sólo á los que por *su rudeza y falta de instrucción* no tienen aún idea del juicio divino.»

El indio no tiembla, sino disimula su odio y su cólera *ante la mirada severa de un español*, cuando siente su impotencia pero cuando conoce que puede luchar con el español, ni hace caso de su mirada ni de ninguna clase de amenazas. El indio es patriota para su raza, no para la que lo ha oprimido, defiende con heroicidad, no el territorio nacional, sabe que no es suyo, pero defiende lo que le han dejado en las montañas ó en los territorios lejanos. Un puñado de indios yaquis, que nada tienen de salvajes, han resistido con verdadera pujanza y admirable valor, más de diez años de ataque rudo de las fuerzas federales, pero esos indios que también defienden lo que consideran suyo y lo *poco suyo* constituye su pequeña patria, nada les importaría saber que la flota turca bombardeaba á Veracruz. Hay una frase muy vulgar refiriéndose á los indios y es la siguiente: «*Los indios de tal parte son unos leones en su terreno, pero fuera de él, nada valen.*» Esto equivale á decir en lenguaje indígena: «Los indios de tal parte defienden su patria como leones, pero rehusan defender la de la raza conquistadora, que aun pretende mantener el programa de la conquista sencillo según el Padre Mendieta como un festín de ballenatos.

Mientras el indio sepa que á pesar de nuestras leyes civilizadas, los grandes intereses sociales impuestos por la conquista, como es nuestro vicioso régimen agrícola, lo obliga á continuar de *sardina*, no puede ser nuestro hermano sino un débil é interesante enemigo. Irá á batirse con valor á la Angostura llevado por la disciplina militar, pero en la noche de la batalla sangrienta que no ha perdido, desertará en número considerable para lanzarse al desierto sin pan, sin agua, arrojando el fusil aún caliente, desgarrando el uniforme ensangrentado, botando con odio el correaje, pisando el *chacó* con cólera é inclinándose para morir como un gladiador contemplado sólo por la sombra; cerrará los ojos para siempre sin una esperanza en el horizonte de su desesperación, sin una ternura del cielo ó de la tierra en el infinito de su angustia.

\*  
\*  
\*

En la América latina como en todo el mundo, el partido liberal, ha surgido de la clase media profesional cuyo oficio es promover y sostener el progreso intelectual. La clase propietaria territorial también como en todas partes, se ha asido á los privilegios naturales y legales dictados por su riqueza y representa al partido conservador. Para el hombre ignorante la agricultura extensiva es la rotación perpetua de un mismo hecho y esta aparente inmutabilidad del medio físico forma la conciencia inmovil como una cristalización del partido conservador.

En Inglaterra, la lucha entre la clase territorial contra la industrial y profesional ha cesado casi por completo. En los países católicos, de preferencia en los latinos, la lucha es la misma, encarnizada, cruel y sin más término que la extinción del catolicismo. La Iglesia católica lucha francamente donde no ha sido subyugada por la fuerza, pero donde está sujeta como un malvado peligroso, conspira pérfidamente, procurando mantener un peligroso estado anárquico que force á los pacíficos á implorar su intervención en bien de la tranquilidad pública.

En la lucha entre el clericalismo y el liberalismo no es posible la conciliación. El liberalismo científico tiene por principio reconocer y favorecer lo que nadie puede negar, la evolución de las sociedades humanas. Mientras que la sociedad de las abejas y las hormigas se presenta inmutable y digna en consecuencia de instituciones religiosas, las sociedades humanas son evolutivas; la sociedad europea de la época paleolítica, no es la sociedad pensadora, industrial y artística de 1899. El clericalismo, representa lo *inmutable* y de aquí resulta la imposibilidad de los gobiernos teocráticos, no obstante las numerosas y enérgicas tentativas hechas para regir á las sociedades por medio de instituciones políticas religiosas. Las palabras *política religiosa* expresan un desatino, la política es la manifestación más claramente evolutiva de una sociedad, mientras que la religión es la manifestación más precisa de pretendidas inmovilidades. Decir política religiosa, equivale á decir: *marcha sin movimiento*.

Una sociedad eminentemente evolutiva no puede ser gobernada por una persona moral, llamada religión, eminentemente inmóvil, estacionaria, teniendo por ideal la tradición que es el pasado, cuando la ciencia no dice, porque no lo puede decir, cual es el verdadero ideal de la humanidad porque todavía no está completamente descubierto. La teocracia es el esfuerzo que haría un artillero para que su arma disparase siempre por la culata, lo que es igual á pretender que la sociedad se lance hacia la tradición.

La humanidad ha vivido más de doscientos mil años sin religión, la religión en el mundo es un hecho contingente moderno relativamente, puesto que no es anterior á seis mil años respecto de 1899, y si estaba en la evo-

lución social que hubiera religión en el período agrícola de las sociedades, ha estado también en la evolución que al presentarse el período industrial marcadamente evolutivo, la misma evolución en cumplimiento de sus poderosas leyes ha realizado el hecho de romper las ligas que pretendían hacer del hombre un cadáver intelectual, conservado en jugos rústicos.

Desde el momento en que se reconocen dos verdades: 1ª, la humanidad como todas las especies orgánicas vegetales y animales es evolutiva. 2ª, la humanidad posee en sí misma los medios para perpetuarse evolucionado indefinidamente; puede asegurarse que no hay riesgo alguno de que las religiones vuelvan á imperar como en el pasado. Un individuo ó una nación pueden retroceder, pasar por todos los períodos de la regresión hasta llegar al cuadro humano paternal; pero otras naciones en cambio seguirán adelante, y la humanidad continuará en su enorme conjunto, desarrollándose intelectual, económica y moralmente. La civilización no puede perder; la tesis de justicia y ciencia del partido liberal está ganada en nuestro planeta como en todo el Cosmos.

Pero lo que interesa al patriotismo saber, es que naciones están condenadas á perecer, por inservibles para civilizarse por su falta de aptitud para evolucionar. Hasta ahora las naciones indicadas como víctima de su propia naturaleza morbosa, son con toda seguridad España y Portugal, teniendo probabilidades de salvación Francia, Italia, Bélgica y Austria. En la América latina solo tienen probabilidades de salvación Chile, Argentina, Brasil, México y Uruguay.

En este asunto para nada sirve la teología; el silogismo se impone como un *acorazado de cien mil toneladas* contra un esquife de cristal. ¿Hay quién dude que el *mundo se mueve* como lo dijo en el sentido astronómico Galileo, de que *el mundo marcha* como lo expresó Pelletan ó de que *el mundo evoluciona* como lo demostró Spencer? Nadie puede negar la evolución. ¿Hay quién pueda negar la inmutabilidad de los dogmas que son los principios de acción de la religión? Nadie tampoco puede negar tal inmovilidad, porque el dogma es la palabra divina de la revelación y no puede haber revelaciones evolutivas. Por otra parte, *lo inmutable no puede ser el principio de gobierno de lo evolutivo*, luego todo gobierno religioso ó mezclado de religión es antisocial y la sociedad que marcha en contra de sus leyes se suicida como el individuo que procede contra su vida.

Tan reconoce el catolicismo, la soberanía ilimitada del argumento que acabó de exponer, que la Iglesia después de Pío IX que condenó francamente el progreso, lo reconoció para no perecer. En efecto, el catolicismo no tiene dogma para condenar el empleo del caoutchouc para la fabricación de los zapatos de hule y encuentra ortodoxo que se combata la malaria con la quinina. Mas cuando la más noble de las ciencias; la crítica, con su Estado Mayor, la paleontología, la geografía, la arqueología, la filología, la geología, la historia; pide á la Iglesia sus títulos de autoridad divina para

dictarle leyes á los hombres; entonces el catolicismo excomulga, injuria, pide castigos; para reprimir en el hombre el primero de sus derechos; ser el dueño de sus creencias, el rey único absoluto de su conciencia.]

El primer deber moral de un gobierno civilizado es reconocer los derechos del hombre, no puede haber progreso sin justicia y no puede haber justicia sin reconocer al hombre derechos superiores á los de todas las religiones. Nadie puede ser obligado á aceptar el yugo de una religión, ni á guardar silencio ante sus dogmas, ni á prescindir del derecho de combatir sus errores y de hablar á los demás hombres en nombre de la verdad ó de la mentira.

Desde el momento en que el catolicismo no reconoce en el hombre los derechos que en él han descubierto los liberales, ya no puede haber justicia, ni progreso moral. Desde el momento en que el catolicismo pretende dictar á un país sus lecturas y las materias de su instrucción ya no puede haber progreso intelectual. ¿Qué progreso intelectual ha hecho España ó las naciones de Europa por medio de los católicos. Muchos progresos intelectuales se les deben á los frailes cuando han dejado de ser ortodoxos como Lutero, Wiclif, Huss, Bruno y otros.

Respecto del progreso material, es cierto que el catolicismo no se opone á la confección de los zapatos de hule, pero si se opone á que los hombres tengan jornal suficiente para comprarlos. El catolicismo tiene dogmas contrarios á los más precisos y severos principios de la economía política; como es el de la acumulación de toda la riqueza social en manos del clero, para distribuirlo á los pobres. Aun cuando así fuera, que nunca ha podido ser, la economía política sentencia que cuando una sociedad no emplea su riqueza en cooperar al desarrollo del trabajo, esa riqueza tiene que extinguirse. La sociedad no puede ser asilo de mendigos.

Otro error económico muy grave del catolicismo es admitir no sólo la libertad profesional del sacerdocio, sino de imponer á la sociedad la obligación de mantener á todos los que se dediquen á la carrera eclesiástica. ¿Qué se diría de un gobierno que dijera: el Estado se encarga de proveer á las necesidades de todos los médicos, abogados, dentistas, ingenieros y quíropedistas nacionales y extranjeros? Todavía es peor en el catolicismo porque para pertenecer á alguna orden monástica no se necesita estudiar. Como se juzgaría á un legislador que dictase aún cuando fuera con noble objeto: El ejército en pié de paz, tendrá un número ilimitado de soldados á los que se tratará decorosamente y aún con opulencia. Esto no es teología, es economía social, que no admite sofismas. Cuando el sofisma compromete el estómago humano, el cerebro pronto se despeja. El hombre antes que animal religioso, moral, político, es un animal económico como todos, y que como todos con raras excepciones todo lo sacrifica por sus alimentos comenzando por la religión cuando conoce que ésta se los arrebatara. El cató-

lico no es inferior al perro, cuando siente que le tocan el hueso que roe; gruñe y muere.

La filosofía política para hacer triunfar el liberalismo, no ha perdido su tiempo en confusas disertaciones metafísicas ó en correctos silogismos positivistas contra el catolicismo. Ha hecho sentir libremente á los católicos que su Iglesia, les quitaba el pan del trabajo, ó las utilidades de sus capitales y el católico animal tan económico como el perro, ha revolucionado contra la Iglesia. Los filósofos han sido pocos y pobres, pero han tenido inteligencia para decir á los príncipes alemanes y á los barones ingleses del siglo XVI: Las guerras os han arruinado, no sabéis trabajar, pero la Iglesia es riquísima, os regalamos su dinero. ¿Con qué título hacéis este presente? respondieron los príncipes y barones. Con nuestros silogismos. Y los nobles arruinados y ambiciosos entendieron los silogismos sin haberlos nunca conocido.

A los campesinos les dijo la Reforma en el siglo XVI: La filosofía os autoriza á negar á la Iglesia los diezmos y todas las contribuciones con que os expolia y los campesinos entendieron al instante la filosofía. En México, los liberales eran un puñado de hombres honrados, de valor incomparable, de patriotismo inmenso y dijeron á los hacendados y propietarios: "El clero es el dueño verdadero de vuestros bienes, vuestros hijos pedirán limosna, os vendemos en nombre del progreso esos bienes por un plato de lentejas que vosotros comeréis. Y los hombres de fé ardiente entendieron el progreso y se quedaron con la mayor parte de los bienes del clero. La Iglesia ha adorado como nadie al *becerro de oro* y el católico que la despoja, sigue el dogma adorando en ella á un becerro de oro.

La Iglesia ha procurado con habilidad sacar gran partido á su derrota: Hoy dice por medio de sus elocuentes pensadores: ¿Para qué hablar de la voracidad de las órdenes monásticas y de su número aterrador, cuando ya casi no existen? ¿Para qué hablar de verdugos y persecuciones y confiscaciones cuando llevamos casi un siglo, sin un sólo caso? ¿Para qué impugnar las riquezas de la Iglesia, si somos pobres? ¿Para qué hacer alarde de laicismo, sino nos metemos en política? ¿Para qué señalarnos como teócratas, si nos son indiferentes todas las formas de gobierno? ¿Para qué vociferar contra los crímenes de nuestro clero, si vuestra es la justicia, ya no tenemos prisiones, y vuestros gendarmes pueden conducirnos ante vuestros severos tribunales para aplicarnos la ley á que nos sometemos? La Iglesia, agregan, ya no tiene más que mansedumbre y caridad, está pacificada.

Este discurso es como si un capitán de gavilla condenado á galeras á perpetuidad dijera: ¿Para qué hablar de mis crímenes, si llevo muchos años de no cometer ni uno siquiera? ¿Porqué oponerse á mi libertad si soy sobrio, casto, casi asceta dentro de mi calabozo? ¿Por qué no devolverme mi caballo y mis armas, si doy pruebas de que no amo más que la tranquilidad, el sol de la mañana y el sueño dulce? ¿Por qué no devolverme á las

montañas donde hice correrías, cuando todo el mundo conoce que mis errores han pasado para no volver y que no tengo más que pensamientos de amor para el prójimo? Nadie tiene derecho de atacarme, porque mi vida es ejemplar como virtuosa.

Tratándose de una persona física es posible la enmienda, pero una persona moral que se cree autoridad para fallar sobre lo que es bueno ó malo, lícito ó ilícito, virtuoso ó criminal; un prisionero que cree que son los jueces, los jurados, los gendarmes y los acusadores, los criminales y que sólo la fuerza bruta ha podido privarlo de sus libertades; no es más que un hipócrita, cuando exclama: "ved mi vida limpia como el fondo de un ideal de virtud."

Si el catolicismo no oprime á ciertos pueblos como en otro tiempo, es porque estos no se dejan, mas si se le devuelve á la Iglesia los elementos con que dominó, volverá á dominar y el mundo europeo volvería á pasar por la Edad Media. ¿Qué elementos son esos? Dos muy sencillos: dar á la Iglesia la dirección de la Instrucción Pública y el derecho de amordazar á sus enemigos. Entregar á la Iglesia el niño, es entregarle la civilización, es decapitar el porvenir. Es todo lo que disputa la Iglesia, ya no quiere oro ni palacios, ni Inquisición, ni ejércitos, ni diezmos, ni Baneo de Indulgencias, ni conventos; quiere sólo, aquello con lo que todo puede recobrar; la educación y la instrucción de los niños, quiere el alma de la juventud para fabricar nuevas alas con que bajar de nuevo al frío caos de la tradición. La Iglesia ya no quiere anatemas ni excomuniones, á todo liberal ateo que muere, le abre las puertas del cielo; lo que quiere es el artículo del *Concordato* que establezca; la Iglesia dirigirá la instrucción, quiere un artículo ignominioso para la dignidad nacional como el del Concordato de Colombia.

La nación que confíe la Instrucción pública á la Iglesia, tiene que perecer. Francia, Austria, Italia y Bélgica, han rehusado entregar su juventud al embrutecimiento, lo mismo que Chile, Argentina, Brasil, Guatemala y México, todas estas naciones sino reaccionan tienen grandes probabilidades de salvación.

Los católicos de buena fé, tienen una inteligencia muy deficiente desde el momento en que no los impresionan los hechos que á la vista tienen. Cuando el cristianismo fué asceta era perfectamente lógico; mientras más inmundos eran los pueblos, mejor se demostraba la calidad del mundo como *amargo valle de lágrimas*; agrupaciones de mendigos, bandidos y siervos, las tres fuerzas de la Edad Media respondían al dogma de que el *reino de Dios no es de este mundo*, pero cuando el catolicismo aterrorizado por la sumisión de la conciencia humana á las exigencias de un progreso indefinido, no encuentra más salida para no ser repudiado por incompatible con el presente y porvenir de la especie, que asegurar que la teocracia es el único

medio posible de progreso, se necesita un sistema nervioso de crutáceo para hacer política católica.

En primer lugar nunca un pueblo ha logrado practicar la teocracia, porque solo la aproximación á esta última abyección ha causado su muerte. El pueblo judío fué el que más se empeñó en ser teócrata y el que ha sufrido las más grandes desgracias. El catolicismo ha cometido la infamia de perseguir á los judíos no como nación sino como á hombres y lo peor es que nuestra llamada moral es tan depravada que encontramos el hecho natural. El Egipto, ese gran imperio cuando estuvo bien podrido para morir, se recostó en sus pirámides como en almohadas y entregó su cuerpo y espíritu á los sacerdotes impúdicos que lo habían sumergido en el dolor y en el oprobio. La India teócrata perdió toda su fuerza y cayó desmoronada en el desmembramiento rodando sus fragmentos hasta el salvajismo sin inocencia. A Roma, Constantino la hizo teócrata y los Bárbaros la vencieron, la violaron, la destruyeron. La España teocrática de Recaredo, fué conquistada en horas por un pelotón de árabes audaces, la España de Felipe III, prostituida en la teocracia, fué azotada durante un siglo con derrotas, hambres, humillaciones y le debe su triste vida al *equilibrio europeo*, impuesto con las armas á Luis XIV. Paraguay, convertido en un rebaño con pastores jesuitas, sirvió para demostrar bajo el Dr. Francia y sucesores lo ilimitado de la desvergüenza humana. ¿Qué teocracia se ha logrado? ¿Cuándo una nación dirigida por eclesiásticos ha progresado? Queremos ver los progresos que causa el catolicismo, no como regla, no como indiucción, queremos simplemente un caso, una excepción que responda á la afirmación de que el sistema de gobierno cargado de elementos eclesiásticos, es origen de gran progreso popular.

Lo que nunca se ha visto, debiendo verse, no puede existir. Todos los demás sistemas de gobierno, aún los peores, han tenido su momento artístico y han ejecutado su obra maestra. La piratería hizo una Grecia comercial, opulenta, filósofa, artística. No pudo nunca ser nación el archipiélago jónico, pero fué una suntuosa *casa de huéspedes* ocupada por divinidades discolas. Grecia no quiso morir en los brazos de la teocracia y por eso su alma se quedó en el mundo para ennoblecerlo. El imperio musulmán ha sido teócrata, pero no ha muerto porque es una teocracia, sin cuerpo sacerdotal, con un sólo clérigo; el sultán. El espíritu feudal ha hecho la grandeza política de Inglaterra y la elevación filosófica de Alemania. La autocracia pura hizo la Rusia de Pedro el Grande, la primera de las potencias militares. La dictadura consular y el cesarismo de Roma acabaron con la anarquía heroica de los tres continentes y disciplinaron las hordas europeas, base de la civilización actual. La anarquía italiana trajo el Renacimiento, una inyección fresca del mundo pagano que acabó con la escolástica, fundó el humanismo y concluyó por hacer la libertad religiosa con el protestantismo. La monarquía feudal hizo el brillante reinado de Fernando ó